

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL ARZOBISPADO

DE TOLEDO.

PARTE OFICIAL.

TERCERA Y ULTIMA PROVISION DE CURATOS,

CORRESPONDIENTE AL CONCURSO CONVOCADO EN 30 DE NOVIEMBRE DE 1856, PUBLICADA EN EL CONSEJO DE LA GOBERNACION EN 12 DE JULIO DE 1858.

Illescas: á D. Vicente Zamora, Cura de Leganés.

Pinto: á D. Manuel Clemente del Cerro, Cura de Parla.

Vallecas; á D. Pedro Antonio Salas, Cura de Aravaca.

Casarrubios del Monte: á D. Eusebio del Pozo Torreño, Cura de Loranca de Tajuña.

Navahermosa: á D. Angel García Calzadilla, Cura de Orusco.

Santa Cruz del Retamar: á D. Ramon Teodoro Valle, Cura de Polan.

San Felipe de Brihuega: á D. Mariano Galvez, Cura de Elche de la Sierra.

Cebolla: á D. Higinio Rosado, Cura de Villaconejos.

Valdemorillo: á D. Mariano Fortuño, Cura del Viso de Illéscas.

Talarrubias; á D. Agapito Romano y Aceituno, Cura de Azutan.

Cedillo: á D. Victor Muñoz, Cura de Cerralvo.

Añoover de Tajo: á D. Cayetano Ximeno, Cura de Colladomediano.

Balconete: á D. José Maria Roland, Cura de Molinicos.

NUEVOS.

Yunclér: al Lic. D. Lázaro Prieto y Celada, Presbítero.

Valdarachas: á D. Victor Lazcano, Tonsurado.

Huerta de Valdecarábanos: al Licenciado D. Julian Alcázar, Presbítero del Arzobispado.

Covisa: á D. Juan Muñoz y Arias, Tonsurado del Arzobispado.

Nombela: á D. Felix de Francisco Deleito, Tonsurado del Arzobispado.

Mohedas: á D. Pedro Ruiz, Presbítero esclaustrado del Arzobispado.

Belmonte de Tajo: á D. Vicente Garoz, Presbítero del Arzobispado.

Atanzon: á D. Tadeo Martinez, Presbítero.

Peal de Becerro: á D. Andrés Eloy Peralvo y Blanco, Tonsurado.

Los agraciados con los Curatos expresados solicitarán de la Cancillería del Ministerio de Gracia y Justicia la Real cédula de presentacion, y con ella, por medio de esta Secretaría de Concursos, la institucion canónica; todo á la mayor posible brevedad, con el fin de que dentro de dos meses, contados desde esta fecha, estén posesionados de sus respectivos Curatos, segun práctica del Arzobispado; en la inteligencia de que si no lo hacen les parará per-

juicio y se tomarán las providencias á que haya lugar. Toledo fecha ut supra—Lic. D. Antonio Tiburcio Acevedo, Secretario.

PARTE NO OFICIAL.

SERMON PREDICADO POR EL P. FELIX, JESUITA, EN LA CATEDRAL DE PARIS, EL DIA DE PENTECOSTES.

(Continuacion.)

Vosotros lo veis manifestamente; nuestro Señor ha prescindido de los resortes humanos y no se ha apoyado en el fondo de la humanidad, ni se ha apoyado en el siglo. Bien lo sabeis, hermanos míos, en todas las épocas hay como una especie de atmósfera particular que corresponde á la necesidad actual; y es lo que se llama la fuerza viva del momento. En ese punto es donde de ordinario es preciso tocar á la sociedad para hacerla mover y exaltar. Es siempre la esperanza, si quereis; pero la esperanza que corresponde á la necesidad del momento. Los agitadores lo saben bien; cuando pueden usar de una poderosa palabra, en eso apoyan esa palabra, seguros como estan de que escitados en esta parte, los pueblos van á exaltarse, á embriagarse, van, en fin, á seguirles. Escuchan por entre el estruendo que se hace, los gemidos y los suspiros de las muchedumbres, y responden por medio de un suspiro y un gemido semejantes, y todos esos gemidos, todas esas manifestaciones de las necesidades del tiempo, las reasumen en cierto modo en una espresion, en una sola espresion que arrojan á las muchedumbres. Y acontece que esta espresion, una sola espresion, pero una sola espresion colocada donde conviene, encierra tempestades y se encuentra bastante fuerte para producir el espanto en la Europa entera. Los hombres, hermanos míos, obran asi porque son

hombres; pero Nuestro Señor obra de una manera contraria, precisamente porque no es hombre.

No necesito deciros, pues, que nuestro divino maestro no ha hecho llamamiento á los perversos instintos de la humanidad para efectuar la gran trasformacion que meditaba; no os digo, hermanos míos, que ha hecho esta trasformacion predicando los derechos, sino sobre todo predicando los deberes, lo que es un procedimiento completamente antipático á los procedimientos de los novadores. Os hago solamente observar que no se ha dirigido á la idea dominante, á la pasion dominante de su siglo. Diríase, al contrario, que queria armar contra sí mismo todas esas fuerzas contra las cuales venia á combatir, ó que mejor dicho venia á destruir. ¿Qué queria ante todas cosas el siglo de Augusto? La independencia de la razon. Nuestro divino maestro viene á predicar la esclavitud de la razon. ¿Qué queria el siglo de Augusto con el emperador, con los pretorianos, con los filósofos? Todos ellos quieren lo mismo, quieren la riqueza, quieren placeres, voluptuosidades. Nuestro divino maestro viene á predicarles la pobreza, la mortificacion. ¿Cómo consigue, pues, sublevar las masas? es verdad; una espresion nueva acaba de resonar, es una poderosa espresion de nuestros dias; mas observadlo bien, despues que el cristianismo ha dado de ella la verdadera inteligencia, despues que la multitud puede comprender esta espresion del Evangelio; la fraternidad. Pero entonces, hermanos míos esa espresion, que hoy sirve de poderoso resorte, era un obstáculo. No era entonces un resorte de las almas, porque faltaba precisamente en las almas la cosa que explicaba. Y sin embargo, como nuestro divino maestro formuló un movimiento, es preciso que tuviera en alguna parte un resorte. ¿Qué hará pues? ¿Se dirigirá, por ejemplo, á irritar la cólera de los pequeños contra el fausto de los grandes, ó la cólera de los esclavos

vos contra la dominacion de sus señores, ó bien acaso la cólera de los pobres contra la opulencia de los ricos? Esto es muy fácil, hermanos míos; no lo hará. Lo que él hará voy á deciroslo; su procedimiento será establecer entre el rico y el pobre las relaciones de amor, para unirlos con el fin de impedir que el uno muera de egoísmo y el otro de hambre. Su procedimiento consistirá en llevar á los grandes que descendan hácia los pequeños, é impulsar á los pequeños á que acepten voluntariamente la grandeza que los dominan, consistirá en conducir á los señores mismos á que quiten con fraternales manos las cadenas desatadas por el amor y por la caridad. Si, se verá este prodigio. Se verá á los esclavos salir repentinamente de una esclavitud que ya no tenia poder para deshonrarlos, ascender al trono pontificio y llegar á las primeras dignidades de la Iglesia. Pero hay mas todavía, se ha visto á los señores de rodillas ante sus propios esclavos, recibiendo de sus manos, libertadas por ellos mismos, una bendicion que les debe libertar á ellos mismos de una eterna esclavitud. Este es el procedimiento de nuestro divino maestro; así es como se propuso arrastrar á la multitud. Pero hacer un llamamiento feroz á todos los misterios concupiscentes de nuestra humanidad; pero desencadenar en las ciudades y en las calles públicas como un leon rugiente el genio de las revoluciones... jamás. Los hombres obran así porque son hombres; pero vos no podeis obrar de este modo, oh, mi maestro, porque sois Dios, *Filius Dei vivit*. Y lo que Arquimedes pedia para levantar el mundo, vos no lo habeis querido para levantar el mundo moral; lo habeis levantado sin ningun punto de apoyo, ni en la naturaleza, ni en la humanidad; habeis probado que erais Dios. No tengo que deciros mas que una palabra para manifestaros el procedimiento divino de nuestro divino Salvador en su accion.

Cuando se ha encontrado la poten-

cia y el punto de apoyo, falta aplicar el uno á la otra, es decir que falta determinar cual será el medio de accion para obtener un resultado eficaz. ¿Cómo ha obrado nuestro Señor? ¿Cuál es la táctica que propone á esos nuevos conquistadores? Todo, hermanos míos puede reasumirse en dos palabras que podrán sorprenderos, y si las comprendeis bien, ellas concluyen la demostracion del prodigio. Todo se reduce á estas dos cosas: ceder y morir para convertir al mundo y trasformar la humanidad.

Ved en efecto lo que dice el divino maestro á sus apóstoles al enviarlos: «ved que os envio como corderos en medio de los lobos *ecce ego mitto vos sicut agnos inter lupos*.

Este es el gran prodigio que voy á hacer brillar bajo del cielo cuando se haya visto esta cosa inaudita, los corderos juntos con los lobos, los corderos que no son mas que doce en el campo del cristianismo, juntos con los lobos que llenan el mundo, y cuando se haya visto á los corderos triunfantes de los lobos, entonces quedará manifiesto que ese prodigio se ha cumplido por mi poder.»

Pues bien, hermanos míos, ante los lobos ¿qué pueden hacer los corderos? No saben hacer mas que dos cosas: ceder ó morir. No manda otra cosa nuestro Señor á sus conquistadores. El les dice: os envio como corderos en medio de los lobos; id, pues, ceded y morid. Ceder, hermanos míos, es un procedimiento desconocido á todos los que quieren echar por tierra lo que existe. Contemporizar, aplazar, pactar, saben hacerlo; pero ceder, es decir, volver atras, ceder, es decir, retroceder, nunca. Marchan, marchan siempre, siguen adelante hasta que se destruye el obstáculo y si queda algo con vida detras del obstáculo que no se haya rendido, lo llaman á la muerte. Matan, destrozan para abrir aun sobre los cadáveres, si es preciso, el tránsito á su poder que viene. Así hacen los domi-

nadores humanos. Nuestro Señor, por el contrario, dice á sus apóstoles, á sus conquistadores, que cedan, lo que deben hacer es esto «cuando se os arroja de una ciudad, huid á otra ciudad» En efecto, ¿qué hicieron para hacer aceptar su palabra? Humanamente nada tienen. Si el último de los hombres se presenta á ellos y les dice: no necesito de vuestra palabra, no quiero vuestra doctrina, id á otros con esa doctrina: ¿qué medios tienen para hacerla aceptar? Absolutamente ninguno. Nuestro Señor no les ha puesto en la mano una espada para herir; les ha puesto en los labios una palabra para persuadir. Y cuando se les diga: *recede á nobis*. marchaos, no necesitamos de vosotros, no tendrán mas que hacer, y se irán.

Y este pensamiento, hermanos míos, se manifiesta por un episodio narrado en las actas de los apóstoles, y que os recordaré en pocas palabras. Pablo y Bernabé, dice la Santa escritura, predicaban la buena doctrina en la ciudad de Antioquia. Había acudido á escucharles casi toda la ciudad. Pero los judíos que envidiaban el nuevo progreso de esta conquistadora palabra, se oponían con sus blasfemias. Querían arrojarlos, ¿Qué hacen los dos apóstoles? Escuchad, hermanos míos, Pedro y Pablo dijeron entonces á los judíos: era menester, en primer lugar, anunciar la palabra; mas puesto que la rechazais, enhorabuena, nos vamos, nos dirigimos á otras naciones. Y en efecto, despues de haberse sacudido el polvo de sus pies, se fueron á Iconio.

Tal es, hermanos míos, el procedimiento que nuestro divino Salvador impone á los apóstoles; á saber: la marcha triunfal de la palabra; ¿no se la quiere? se retira. Únicamente al retirarse, observadlo bien, echa sobre los que la arrojan algo del polvo de sus pies; esta es la manera de vencer y de castigar á un mismo tiempo; sí, pero es una manera divina, y para cualquier otra doctrina, para una doctrina que no fuera mas que humana, esto seria

el suicidio. Una doctrina humana que ha dicho una vez, me voy, y á quien se ha respondido: marchaos, está perdida para siempre. La doctrina católica no se ha perdido, ha triunfado cediendo. Los apóstoles han vencido manifestándose por todas partes como corderos.

Pero resistir, no es todo. La doctrina católica debía encontrar otra cosa que la resistencia pasiva; debía atenerse á un ataque positivo. En efecto, los satélites están preparados, las cuchillas levantadas, las hogueras dispuestas. Parece que oigo desde este sitio á los emperadores, á los pretorianos y sus verdugos que dicen: Vamos á ver. Que vengan los predicadores de la nueva palabra; aquí están para ellos las vergas y la cuchilla. ¿Qué deberán pues hacer, mi Divino Maestro, los apóstoles cuando vean levantada la cuchilla encima de su cabeza? ¿Esgrimir cuchilla contra cuchilla? No. Así es como obran los hombres. Mahoma impondrá á los suyos la mision del asesinato; yo impongo á los míos la vocacion del martirio. Mahoma dirá á los suyos: atad, herir á todo el que no quiera creer; yo digo á los míos, andad, morid para hacer creer. Ved, hermanos míos, el gran procedimiento. Los apóstoles mueren para hacer creer, esta es su gran ley. Morir hoy, morir mañana. Verter sangre, sí, pero no la sangre de los perseguidores, sino la sangre de los perseguidos; no la sangre de los otros, advertidlo bien, lo que es muy fácil, sino la suya, su propia sangre, y esto por el triunfo de la doctrina. Ahí teneis, hermanos míos, la divina estrategia de estos desconocidos conquistadores.

¡Oh! en este punto parece que se representa en su mas brillante manifestacion la divinidad de mi divino Maestro. ¿Como, pues, quiere sublevar toda la tierra y cómo todos los pueblos vienen á él? dice á sus discipulos que es preciso morir, y no devolver los golpes que reciban. Ahí los hombres no hacen así. Para ellos el vivir es lo prime-

ro, el vivir es lo segundo, el vivir es lo tercero; y muchas veces toda su ambicion se limita á pedir al tiempo un cuarto de hora mas. Se guardan muy bien de confiar á su muerte el cumplimiento de lo que no ha podido realizar su vida. Ellos se apresuran á edificar sobre los pocos dias que les han sido concedidos. Nuestro divino Maestro hace por sus apóstoles lo que ha hecho por si mismo; les recomienda que esperen de su muerte lo que no ha obrado su vida; les manda hacer como él, es decir, hermanos míos; que cuenten sobre la fecundidad de su sangre y el poder de su suplicio. Esto es una locura, una estraña locura, humanamente hablando. Pero ved otra que equivale á la primera: cuenta con que nunca le han de faltar los martires, que siempre habrá hombres dispuestos á sacrificar hasta su sangre; y esto cuando nada haya que sonria al sacrificio, que sonria al martirio.

¡Como! ¿en todos los siglos hombres que esten dispuestos á dar su sangre, y por qué? ¿Por un reino desconocido que ni se vé ni se toca? ¿Y por quién? ¿Por un hombre que ante las naciones, no era en cierto modo, él mismo, mas que la nada encerrada en una tumba? Cuenta tambien, hermanos míos, (y es el colmo de la locura), cuenta que esa sangre derramada, en vez de ahogar la doctrina, va á hacerla germinar en el universo entero. Si, cuenta que muy pronto esas olas de sangre, cayendo sobre el germen de la doctrina, como lluvias de tempestad, apresurarán la propagacion de sus ideas, y que la doctrina cubrirá muy pronto el mundo entero con sus vigorosas ramas, que no cesarán nunca de florecer. ¡Oh mi divino maestro! ¿cómo habeis podido jamás concebir este pensamiento? Hermanos míos, lo que era preciso sobre todo al divino maestro, era esta divina mirada del porvenir. Bien sabeis que se ha establecido ante los siglos y que ha anunciado este prodigio ante las naciones! Tertuliano, con la brillantez de

los hechos consumados, podia decir á su voluntad: *Sanguis martyrum, semen christianorum*. «La sangre de los mártires es simiente de cristianos.» Lo creo muy bien, él veia el hecho consumado. Pero este prodigio? era preciso anunciarlo; preveerlo, era preciso garantizarlo, era preciso decir esta estraordinaria expresion: Las puertas del infierno no prevalecerán jamas contra ella. No, ni el cielo, ni la tierra, ni los hombres, ni los demonios abatirán jamás esa iglesia que yo acabo de edificar, y cuyos fundamentos he colocado en una tierra empapada en mi propia sangre y en la sangre de los míos. *Portæ inferi non prævalebunt adversus eam*, (Math. xvi. 18.) Porque yo que la he construido, estaré siempre allí para sostenerla, y desde hoy, desde esta hora, todos los siglos me miran, todas las naciones me oyen, y hago á los siglos y á las naciones este desafio verdaderamente divino: *Portæ inferi non prævalebunt adversus eam*. Hermanos míos, ¿ha conseguido su objeto nuestro divino maestro?... Yo no me inquieto en indagarlo; me es bastante que lo haya intentado. Si! y en la posesion de si mismo se ha atrevido á decir esta expresion: Esa Iglesia que voy á construir, esa transformacion que voy á ejecutar por medios tan estraños, nada podrá jamas destruirla.

Lo habeis intentado, mi divino maestro, eso me basta. Si lo ha conseguido, hermanos míos no teneis mas que preguntarlo al Oriente y al Occidente; preguntadlo á todos los vientos del cielo, y todos los vientos del cielo os traerán esta magnifica proclamacion de su divinidad: sí; Cristo ha vencido, Cristo ha triunfado de todo, Cristo reina todavia y ha triunfado por medios verdaderamente divinos. Ha triunfado, ha edificado apoyándose en la nada, ha triunfado por la nada y con la nada, ha hecho con la nada; es verdaderamente Dios.

Si, Señor, vos sois Dios; *Credo*. Yo lo creo, y en la emocion que proporcionais á mi alma, paréceme, oh

divino maestro, que lo quisiera probar muriendo por atestiguarlo. Si, yo tambien me consideraria dichoso en la iluminacion que dais en este momento á mi alma, no tan solo de daros el testimonio de la palabra, sino tambien el testimonio de la sangre.

Oh hermanos míos, todos vosotros os hallais en esta disposicion. Tengamos orgullo en pertenecer á una religion que posee testimonios tan brillantes, como deciamos al comenzar. Oh, si, tengamos orgullo al ver en la frente de aquel á quien adramos una corona tan radiante de luz. Demos pues siempre y por todas partes á nuestro divino maestro el testimonio de nuestra adoracion, de nuestra profesion de fé, y sobre todo de nuestro sacrificio. Si, reconozcamos que es Dios por el pensamiento, por la palabra, por la accion; conservemos siempre en nuestras almas esa soberana doctrina de la divinidad de Jesucristo, porque segun dice un hombre de este siglo al hablar de sí mismo, «cuando yo he llegado una vez á conocer que este don soberano habia vacilado en mi alma, me convenci de que ya nada habia quedado en ella de pie.» En efecto, hermanos míos, cuando este dogma ha vacilado en un alma nada ha quedado ya en ella derecho. Adorémosle, pues, desde lo profundo de nuestra alma.

No nos contentemos con darle la adoracion del alma, démosle con los labios una brillante profesion de fé. Y cuando oigais decir en alguna parte: Jesucristo es un sábio, protestad, hermanos míos, con toda la energia de vuestro corazon y de vuestra palabra contra un homenaje que le insulta. Y si por desgracia ois decir, Jesucristo no es mas que hombre ¡ah! que se alce vuestra frente y atreveos á decir al impio, que blasfema delante de vosotros: tú blasfemas, incrédulo, mi Señor, es Dios. Y si no sabéis mas, si vuestra razon ha olvidado la demostracion de su divinidad, manifiesten al menos vuestro corazon y vuestra fé su inquebrantable certidumbre.

Pero no os contenteis con esto. Id por todas partes, con abnegacion á buscar adoradores de Jesucristo. Decidme, ¿no necesitais hacer adorar á Jesucristo? ¿Acaso no necesitais ver á todo el universo arrodillado ante él? ¡Ah! cuando hemos conquistado un adorador á Jesucristo, hemos contribuido por nuestra parte á asegurar la sociedad; porque no lo olvidemos, nosotros nos encontramos en la base, y la sociedad no sabe asegurarse; esto proviene, hermanos míos, de que el trono del rey divino ha vacilado en las almas. Asegurémole, pues por todas partes, y que por medio de nuestro celo, por nuestro apostolado de todos los dias, llegue por fin el universo entero á saludar con adoracion unánime al divino maestro: que diga lo que todos nosotros decimos en este momento: Oh, maestro, habeis probado muy bien que sois Dios, pues que habeis hecho un prodigio tan grande, no sirviéndoos mas que de la nada. Habeis creado un nuevo mundo por medio de la nada, y vuestro poder ha resplandecido como en el primer dia de la creacion. ¡Gloria pues y honor para siempre á vos! Y á todos nosotros, hermanos míos, á nosotros la obligacion que nos impone esa soberana ensenanza, á nosotros la obligacion de hacer, con nuestro, divino maestro grandes cosas con la nada, para nosotros la obligacion de presentarnos en el mundo como corderos delante de los lobos, de ceder y de morir; si, siempre unidos á nuestros pastores, sufrir con ellos, y como ellos triunfar siempre á fuerza de ceder, á fuerza de morir!

P. FELIX S. J.

(La Cruz.)

EL MES DE MARIA EN BARCELONA.

Una muger de quien su luz el dia,
tomo en el brillo de sus claros ojos,
llegó al mundo á vivir: era Maria,
blanca azucena que brotó entre abrojos.

ENRIQUETA LOZANO.

A los pies de esa muger sin mancha concebida, de esa mística reina de Sion, tesorera de las eternas misericórdias,

Barcelona ha colocado su antigua corona de condesa y el cetro de su moderna soberanía de la industria.

Noble lemosin, vástago de aquellos bravos que con su fé y esfuerzo rompieron las haces de los califas de Cordoba y sostuvieron tambien con sus robustos hombros el vacilante imperio griego, ¿has contado las guirnaldas que tus hijos han tejido y los trones de flores que han fabricado para la INMACULADA? Torrentes de luz, perfumes y armonía inundan nuestros templos.. Salve, divina princesa, que tu amor ha dissipado el letargo de nuestro espíritu, y Barcelona se mira venturosa acreditándote su gratitud.

Cuando el sol esparce sus primeros rayos sobre la superficie de las olas, tu recibes ya nuestros cultos, aurora celestial, y nuestros himnos, vibraciones escapadas de un pecho henchido de reconocimiento, aportan á las fuentes y á las auras, á las flores y á las aves, tu maternal cariño.

Te queremos amar, Virgen de Judá, hija de David; te queremos amar, niña del GRAN MISTERIO, esperanza de los patriarcas y suspiro de los profetas, te queremos amar, porque sino te amamos la corrupcion de nuestra naturaleza emponzoñará nuestra vida.

¡Ay! De tí apartados, oímos silvar el reptil que desató nuestras pasiones. ¡Qué deformes, qué infernales imágenes se presentan á cautivar al alma?

Maldita fascinacion, visiones lúbricas malditas, maldita barbarie, maldita traición, maldita, satánica y cobarde perfidia.

Si, Virgen de inmacillada pureza ¿no ves cuantas víctimas, de tí alejadas por el angel impuro, duermen mecidas en ilusiones criminales?

Si vuelves tus ojos á las grandes ostentaciones de nuestra sociedad, el rubor te obligará á cerrarlos; si los diriges al santuario, de la familia, ¿en cuantas partes veras derramar lágrimas de fuego, pero de un fuego doblemente asesino del corazón?

Hemos asistido á las concurrencias públicas, y en medio de una sociedad que se pregona entusiasta del espíritu, solo hemos presenciado el auge del lujo, el frenesi del placer, las ovaciones á una carne que en breve se ha de podrir para servir de pasto inmundo á inmundos gusanos.

Tambien hemos hojeado los libros de nuestros contemporáneos ¿para qué escriben los novelistas y los poetas cuando con delicado estilo atavian el escándalo y pronuncian la blasfemia?

Pintamos al hombre y á la muger idólatras de sus cuerpos, y su sacrilega pluma no teme mancharse santificando la torpeza de sus delirios y crímenes.

Esos orgullosos brutos, esos brutos apologistas de la bestialidad, esos brutos farautes de la civilizacion de nuestros dias, juran por la eternidad é invocan el cielo! ¿Piden los Elisios del paganismo, María, ó en la fiebre de sus deseos reproducen maquinalmente esos nombres cristianos?

Yo no lo sé, Madre Santa, sé si que el corazon humano propende lastimosamente á la miserable tierra: sé que luchando en la tempestad de sus desenfadadas pasiones confunde groseramente lo que es del espíritu con lo que es de los sentidos, y que muchas veces acaba por sufrir los últimos resplandores del pensamiento religioso sobre las execrables aras del vil apetito.

María, por el amor que siempre habéis mostrado en favor de todos los hombres, de toda España, y especialmente por el patronato que con el título de *las Mercedes* ejercéis sobre esta ciudad, por las vehementes súplicas que os eleván los corazones puros de los que os han obsequiado filialmente en tantos oratorios, capillas y templos (1) yo imploro vuestra clemencia,

(1) Tememos quedarnos cortos, y de seguro lo quedamos, fijando el número de cien funciones diarias que se han dedicado á la Santísima Virgen, durante el mes de Mayo. Efectivamente, además de 13 parroquias, en algunas de las cuales se le

haced que os amemos todos tiernísimamente, que vuestro amor encienda la tibieza humana, que queme todos nuestros gérmenes de delito, que engrandezca nuestra nobleza y eleve de su degradación á los que se arrastran por el repugnante cieno del vicio.

Desentrañad, María de nuestra sociedad los hondos males que la trabajan, dad serenidad á los espíritus, firmeza á los que fluctúan y fuego de purificación á los que entre contigiosas afecciones suspiran.

No es poco lo que pido, Madre mía; pero vuestra ternura, vuestro amor sobrepaja indeciblemente nuestra miseria.

Nosotros os hemos ceñido la frente con diademas de lirios, os hemos levantado arcos de jazmín y rosas, hemos cantado vuestras alabanzas con entusiasmo, hemos pedido para vos sacrificios al corazón. cadencias á la poe-

ha tributado dicho culto dos veces al día, se ha verificado lo mismo en la antigua y concurrida Iglesia de S. Miguel por medio día y noche, en la de S. Juan de Jerusalén, en la de Monte-Sion, Santa Clara, Hospital, S. Felipe Neri, Casa de Caridad, S. Miguel del puerto, y en las capillas públicas del Seminario, de Bellviche, del Sto. Espíritu, S. Cristóbal, Ntra. Sra. de la Ayuda, constándonos además que en casa de los Sres. Condes de Fonollar, del Solterra, casa Arrá y otras muchas familias han practicado tan hermosa devoción en oratorios privados.

El colegio de S. Buenaventura que cuenta doce años de existencia bajo la dirección del Reverendo Dr. D. Francisco Mestre, autor de la *Galería Seráfica*, ha obsequiado también á su Inmaculada Patrona. Después del ejemplo y demás oraciones, los colegiales acompañados del armonión cantaron diversas letrillas, finalizando el mes con la siguiente despedida puesta en música por Don Leandro Suárez profesor del mismo.

DESPEDIDA.

A Dios Virgen de Solima,
honra y salud de Israel,
A Dios princesa bendita,
madre del eterno Rey.

Durante el mes que hoy espira
Señora, vos lo sabéis,
mis labios han celebrado
vuestro celestial poder.

sia y afectos á la música ¿y vos, nos negaríais ahora lo que os pedimos?

Nunca.

JOSE GRAS Y GRANOLLERS.

(La Cruz.)

ANUNCIO.

HABILITACION DEL CULTO Y CLERO DE LA
PROVINCIA DE MADRID.

Desde el 12 del actual queda abierto el pago para dichas clases y de la mensualidad de Junio en los arcipresbiterios de la Provincia. Madrid 9 de Julio de 1858.—Marcos M. Sainz.

TOLEDO.

IMPRESA DE SEVERIANO LOPEZ FANDO,
CALLE ANCHA NUM. 34.

Vuestro amor; vuestras virtudes,
Vuestro portento canté,
Pero decid, Madre mía,
¿mereci agradaros fiel?

Oh, perdonad, si, María,
si en lo fragil de mi ser
de vos me olvidé un momento
y hasta os ofendí tal vez.

Reina escelsa, Virgen Santa,
Inmaculada Jael,
Ora quiero siempre amaros
con vivo, inmenso querer.

Concededme, pues, Señora,
fuerza, gracia, ardiente fé,
yo, Madre, soy vuestro hijo
yo vuestro hijo he de ser.

A Dios Virgen de Solima
honra y salud de Israel,
á Dios princesa bendita
Madre del eterno Rey.